

CAPÍTULO XI

SUMARIO

541. Procesiones del Santísimo Sacramento.—**542.** La de Jueves Santo.—**543.** La de antes de la Misa solemne.—**544.** La de Presantificados.—**545.** Muchas otras practicadas en Domingo de Ramos.—**546.** Y en el de Resurrección.—**547.** Procesión general y pública del Corpus.—**548.** Desde cuándo data? Opiniones.—**549.** Nuestra opinión.—**550.** Solemnidad con que se celebraba en la Edad Media.—**551.** Origen de la octava de esta festividad.—**552.** Rasgo histórico.—**553.** En algunos lugares se repetía esta procesión durante toda la octava.—**554.** Indulgencias concedidas á los que asistiesen á la procesión de este día.—**555.** Religiosos del Santísimo Sacramento.

541. Las manifestaciones públicas de entusiasmo, cuando andan acompañadas de la lealtad, son la más clara expresión del sentimiento general disciplinado; si éstas conciernen al orden religioso, son en iguales circunstancias el terso espejo donde se dibujan con perfección las animadas imágenes de la religiosidad popular. Pero entre todas las exteriores manifestaciones llaman la atención las procesiones. ¿Quién no ha visto, siquiera una vez, dos interminables filas de cristianos, precedidos del amable signo de la Redención, y presididos de la autoridad eclesiástica, recorrer con mesura las calles y plazas de las ciudades? No es nueva semejante práctica; el pueblo de Dios la empleaba varias veces y en circunstancias especiales, princi-

palmente al acompañar el Arca de la alianza. La primitiva Iglesia la usó con no menos fervor que la Sinagoga. Aquellas procesiones triunfales tenidas en las catacumbas de los mártires; aquellas públicas rogativas, en las que, cubiertos de ceniza y con los pies descalzos, sin distinción de personas, imploraban la clemencia del Altísimo; aquellas otras juntas de fieles, precedidos unos de otros, y llevando en la presidencia al obispo, que conducía el *lignum crucis*, ú otras reliquias, para solicitar del cielo la lluvia saludable que fertiliza los campos, no eran sino el bosquejo y el ejemplar de las suntuosas procesiones de nuestros días.

542. Pero hay en la Iglesia de Dios varias clases de procesiones, según el objeto que se propone la piedad de los fieles; entre éstas descuellan las del Sacramento por ser Cristo nuestro Señor quien las preside realmente. La que nosotros intentamos dilucidar es la actual del Corpus; pero antes de llegar á este asunto es preciso hablar de algunas otras procesiones eucarísticas que la precedieron. La primera procesión del Santísimo Sacramento de que podemos tener noticia es la que, desde principios del siglo V, se venía usando en la Iglesia el día de Jueves Santo. Así lo afirma Durando (1). El Pontífice S. Inocencio I, que empezó á gobernar la Iglesia en 402, ordenó que en este día solemne se reservase la Sagrada Eucaristía; procesión que solamente tenía efecto por el interior de la Iglesia; esto es, desde el altar del Sacrificio á la capilla ó lugar en que se debía reservar.

543. Otras dos clases de procesiones tenían lugar en los primitivos y medios tiempos de la Iglesia. La primera consistía en que el celebrante, antes de empezar la misa, conducía la Sagrada Eucaristía dentro de una torrecilla ó caja, desde la sacristía al altar en que debía celebrar el Solemne Sacrificio.

544. Seguía la de los Presantificados, que tuvimos ocasión de describir en el capítulo III de este volumen.

(1) Innocentius Papa statuit hac die (quintæ færiæ dominicæ in Ramis) Corpus Christi sub specie panis reservari. Guill. Durand, Rational, cap. 75.

pero debemos añadir que los orientales llevan las sagradas Especies en procesión solemne desde la sacristía al altar, en el cual, después de haber cantado varios salmos y algunas preces delante del Santo Sacramento, pasan á recibirla, devolviendo á continuación las santas Especies que restan al lugar de antes.

Mas todos estos actos de conducción solemne de la Eucaristía, no eran sino un imperfecto bosquejo de la actual procesión del Corpus, y aun de otras varias que, desde mediados del siglo XI comenzaron á celebrarse con motivo de las blasfemias que el tristemente renombrado Berengario y sus correligionarios proferían contra la presencia real de Jesucristo Señor nuestro en las Especies consagradas. Eran públicas, á la par que solemnísimas, porque su único fin estribaba en la protesta clara y manifiesta contra los errores sacramentarios. Mas no en todos los lugares, ni de un mismo modo, ni tampoco en unos mismos días se celebraban estas procesiones, porque mientras el fervor de algunos pueblos, particularmente los más contaminados con la herejía, procedían á celebrarlos repetidas veces en el año, otros por el contrario, sólo las llevaban á efecto en un determinado día del mismo, que por el antiguo uso venía á formar arraigada costumbre. «Desde que Berengario, dice Moreri (1), hubo combatido el culto del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, se constituyó acto de religión llevarlo triunfante en procesión, hasta el siglo XIV, en que estos piadosos actos constituyeron universal costumbre.»

545. De estas procesiones, la celebrada en muchas iglesias el Domingo de Ramos es sin duda el preludio de la general y suntuosa del Corpus. Según la autoridad de notables autores, trae su origen desde Berengario, ó quizá de antes, porque el arzobispo de Cantorberi, Lanfranco, que floreció á mediados del siglo XI, en los decretos que dió para la orden de S. Benito, habla de ella, como de una práctica ya establecida. Al propio tiempo que fué instituída para conmemorar la entrada triunfante del Re-

(1) Dicción. palab. Procesión.

dentor en Jerusalén, que por cierto esta ceremonia era un real acceso del Señor á la ciudad ó pueblo en que se celebraba, fué con mayor y más principal razón prescripta para el fin que antes dejamos mencionado; esto es, la protesta del Cristianismo contra la semilla herética.

Tierna es sin duda la descripción, bastante difusa, que de la misma hace el referido autor. Antes de reseñarla debo anotar que por aquellos tiempos, al menos en el de Lanfranco, los monjes podían realizar esta procesión, no solamente por los alrededores del monasterio, sino también por un espacio indeterminado de lugar apartado del mismo. Sentado este preámbulo, el abad del monasterio, con anticipación á la fiesta de Ramos, reunía los monjes en capítulo y ordenaba lo relativo á la procesión del Santísimo que se había de celebrar en semejante día. Llegada esta festividad, y hecha una primera procesión por el claustro, se cantaba tercia y se bendecían las palmas y los ramos. Distribuídos estos trofeos del Salvador, no sin cantar en el ínterin las dos antífonas *Pueri Hebræorum*, se cantaban varios retazos del Evangelio, dispuestos en el tono propio de esta festividad, tales como *Ante sex dies*, *Cum appropinquaret*, *Prima autem azymorum*, etc. Arrojadadas al vuelo las alegres campanas, la procesión salía del coro por el orden siguiente: Algunos criados del monasterio llevaban los estandartes, á quienes seguía un hermano lego con el calderillo del agua bendita; detrás de éste iban otros dos hermanos ostentando dos cruces, las cuales eran acompañadas de dos conversos con sus ciriales. Seguían dos hermanos con incensarios que derramaban por toda la procesión el suave aroma. Dos subdiáconos conducían los sagrados códices evangelísticos. Los restantes hermanos legos, los niños del monasterio, presididos por sus maestros, y demás monjes, puestos en dos filas, acompañaban á aquéllos con palmas y ramos, á todos los cuales presidía el abad ó prior del monasterio.

Llegados que hubieran al lugar destinado por el superior, algo distante del monasterio, se detenía la procesión, la

cual formaba en este acto un encantador aspecto. Dos sacerdotes, que no habían ido en ella, revestidos con alba, se presentaban en aquel lugar, llevando en sus manos el sepulcro, ó caja en que se contenía la Santa Eucaristía, la que antes del día de Ramos habían conducido allí secretamente. En el mismo momento se acercaban á dichos presbíteros los que llevaban los estandartes, las cruces y los demás objetos antes indicados, quienes se colocaban á derecha é izquierda de los sacerdotes conductores del Cuerpo del Señor, y permanecían en pie. Los niños, puestos en derredor del Sepulcro eucarístico, esperaban con sus maestros la señal para empezar los cantos. En último término, los restantes religiosos se colocaban como los primeros, vueltos sus rostros unos hacia otros.

Una vez terminada la antifona *Ocurrunt turbæ*, los niños y demás cantores entonaban *Hossanna filio David*, á cuya primera palabra inclinaban la rodilla, ejecutando otro tanto al final de la misma antifona, en que se recitaba de nuevo *Hossanna*. El coro repetía las mismas palabras y practicaba idénticas genuflexiones. Á continuación, aquéllos cantaban la antifona *Cum angelis*, arrodillándose al final de la misma.

Concluídas estas ceremonias, al entonar el abad *Ave Rex noster*, pasaban por medio de la estación los conductores del Sacramento, precediéndoles los estandartes y demás sujetos indicados, que proseguían la procesión, interrumpida luego en las mismas puertas de la ciudad, en cuyo lugar se había preparado de antemano una mesa cubierta con ricos paños, debajo de magnífico dosel. Á una y otra parte de éste se colocaban todos los monjes, vueltos á él sus modestos rostros. Así dispuesto, entonaban los niños aquel himno de gozo: *Gloria laus et honor*; «Gloria, alabanza y honor, sean tributadas á ti, oh Cristo, Redentor nuestro, á quien consagró piadosos loores la devoción de los niños (1).»—El coro contestaba lo propio.—Á continuación los

(1) Este himno fué compuesto por Teodulfo, obispo de Orleans, estando preso por orden del rey Luis el Bueno de Francia, efecto de ciertas calumnias que le impusieron. Durando, *Rational Divin.*, offic. lib. 6, cap. 67.

niños y el coro alternaban dicho himno; finalizado el cual, y entonado el responsorio *Ingrediente Domino*, entraba la procesión en la ciudad, á cuyo tiempo se pulsaban las dos campanas mayores del monasterio, hasta llegar la festividad comisionada á las puertas del mismo, en que se tocaban todos los demás sagrados bronces. En el sitio indicado, se verificaba otra detenida estación, para cuyo efecto se preparaba una mesa como la referida; allí era depositado el Señor; el cantor entonaba el responsorio *Collegerunt Pontifices*, y tres ó cuatro monjes, revestidos de capa pluvial, empezaban el verso *Unus antem ex eis*. Acto continuo, entraba la procesión en el templo, á cuyo tiempo el cantor entonaba las antifonas *Principes* y *Appropinquabat*, y todos practicaban la cuarta y última estación delante del Crucificado; los cuatro sacerdotes de capa cantaban el responsorio *Circumdederunt*, y asimismo el abad el *Synagogæ*, terminándose la procesión con el acceso de los religiosos al coro para cantar la misa y con ella la reserva del Santísimo Sacramento.

He aquí cómo el bienaventurado Lanfranco describe detalladamente la procesión del día de Ramos, celebrada con el Cuerpo del Señor. Aunque nosotros la hemos referido en estilo histórico, se ha de tener presente que aquel venerable arzobispo la describe en forma preceptiva, de suerte que todos los religiosos de S. Benito la practicaron desde entonces *por cuenta propia*, y añadido esta palabra para confirmar lo que dije antes, á saber: que esta procesión era celebrada en muchas iglesias seculares, lo cual se deduce inmediatamente del título que en los mismos decretos encontramos; en él se asegura que el piadoso Lanfranco dió estas disposiciones á los referidos monjes, las que debían observar, tanto en sus monasterios, cuanto en las iglesias catedrales, cuando á las mismas acudiesen á funcionar: luego estas iglesias guardaban en el asunto los mismos ritos que los monjes; y como la determinación es general, deducimos que eran muchas las iglesias seculares que celebraban dicha procesión. Por de con-

tado podemos asegurar que se practicaba en la iglesia de Cantuaria, puesto que los decretos de que yo me sirvo, impresos en Venecia en 1745, tienen por original á un antiquísimo Misal de esta Iglesia.

Semejante á la procesión que acabamos de referir es la que se solemniza en Ruan por los cofrades del Santísimo Sacramento. En sus principios tenía su comienzo después de media noche, pero ahora no se verifica sino luego de Maitines. Pero lo más notable de ella, y que aventaja en suntuosidad á la anterior, es que el Santísimo Sacramento iba descubierto, aunque cerrado entre cristales. No podemos menos de insertar el extracto que el P. Chardón (1) hace de una carta del R. P. D. Francisco Pomeraye, monje benedictino de S. Mauro, que explica la particularidad de la procesión. Dice así: «En la iglesia catedral de Ruan, el día de Ramos, antes de maitines, los sacristanes sacan al Santísimo Sacramento del ciborio en que está suspenso del altar mayor, y lo colocan en otro ciborio, y no en una custodia, el cual ciborio ponen en una especie de linterna de vidrio cuadrada sobre un féretro preparado sobre una mesa, á donde el pueblo viene á adorarlo. Después, al fin de maitines, dos sacerdotes capellanes con alba y estola van á tomar el féretro y le llevan á la parroquia de S. Godardo sin canto alguno. Van delante la cruz y campanillas de la cofradía del Santísimo Sacramento y grande número de hachas encendidas, así de las que los cofrades suministran, como una docena que los capitulares envían, y á lo que sigue gran multitud de gente. Después que han llegado á S. Godardo, se canta una misa al Santísimo Sacramento.»

«En la catedral, después de bendecir los ramos, los canónigos se dirigen á la iglesia de S. Lorenzo para oír allí el sermón, que en otros tiempos se predicaba sobre un gran teatro preparado en el atrio ó cementerio que existe entre la Iglesia de S. Godardo y la de S. Lorenzo, porque estas iglesias no distan mucho una de otra. Concluído el sermón,

(1) Histor. del Sacram. Eucarist., cap. 12.

los sacerdotes que llevaron á S. Godardo el Santísimo Sacramento se detienen en la puerta, donde se recitan algunas pécas. Inmediatamente se hace una procesión solemne desde S. Godardo hasta la catedral. En el camino se para en un arrabal llamado *la Crosse*; allí se canta el *Gloria, laus, et honor*, porque en otro tiempo estaba en este lugar la puerta de la ciudad... Se continúa luego la procesión, y el Venerable Sacramento se vuelve á colocar en la catedral referida.»

Pasado algún tiempo, y entibiado un tanto el fervor, no se verificaban tales procesiones sino por los alrededores de los templos, aunque con la misma solemnidad que antes. Hubo también iglesias que abandonaron la devotísima costumbre de conducir con pompa al deífico Sacramento, limitándose á celebrar las procesiones, del propio modo que generalmente las vemos en nuestros días.

546. Más alegre era todavía la magnífica procesión que en muchos lugares se verificaba el día de Pascua antes que los rayos del sol dorasen los campos. Según el P. Chardón (1) no cede en antigüedad á la del Corpus. Su objeto era patentizar la Resurrección del Salvador; pero el fin principal consistía en glorificar de un modo público y solemne á Cristo Sacramentado, ya que las horrendas lenguas de los herejes negaban su real presencia en las Especies sacramentales. Si el conducir en procesión al Santo Sacramento es en todos conceptos digno de admiración y alabanza, cuando se une á esta práctica una de las grandes festividades del Señor, forma un contraste que despierta en el corazón del cristiano los sentimientos más nobles y elevados. Y con efecto; la más que laudable costumbre de llevar procesionalmente el Venerabilísimo Sacramento la mañana de Pascua florida, es una de las prácticas más consoladora para el católico. Nuestra fe se confirma por la resurrección de Jesucristo; porque si nuestro Señor no hubiera resucitado, vana era nuestra fe, dice el Apóstol. La fes-

(1) Loc. cit.

tividad que la Iglesia estableció para conmemorar este Misterio es de por sí, como todos hemos experimentado, hermosa y alegre, tanto más, cuanto que la celebra después de haber llorado con amargura la Pasión de su divino Esposo; mas cuando á dicha procesión se le añade una representación viva de la Resurrección del Redentor, la fe se anima, la esperanza crece y la caridad aumenta. ¿Qué gozo no inundaría nuestra alma si, hallándonos poseídos como ahora de los conocimientos del Cristianismo, hubiéramos podido contemplar la resurrección del Salvador y su aparición á los discípulos? Pues lo que absolutamente no puede realizarse, lo tenemos reducido á la práctica, asistiendo á una de esas tiernas procesiones que en la mañana de Pascua se practican con el Santísimo Sacramento. Al ver á nuestro Señor vivo y glorioso brillar entre los dorados rayos de la custodia, y en medio de una congregación de sacerdotes y de fieles que entonan rebosando de júbilo *Surrexit Dominus vere*, el corazón goza más que siente, la inteligencia contempla más que discurre, la lengua canta más que articula palabras.

Pero reseñémosla con brevedad.

En la vigilia del Domingo de Pascua quedaban abiertas las puertas del templo, con objeto de que los fieles pudiesen velar el Cuerpo de Jesucristo Sacramentado, que se hallaba reservado en el sepulcro. Mucho tiempo antes del amanecer se pulsaban las campanas menores, para que el clero se congregase en la iglesia. Cuando el crepúsculo de la mañana comenzaba á desplegar sobre el horizonte su hermoso manto, los sagrados bronce, puestos en ligero y alegre vuelo, anunciaban al pueblo la festiva procesión que se iba á realizar junto al sepulcro, para recibir victoriosamente á Cristo resucitado. El obispo, ó sacerdote, revestidos de la mejor capa blanca y con todo el aparato extraordinario correspondiente á su dignidad, se dirigían al lugar donde estaba el Señor depositado. Llegados á este sitio, el preste entraba en el sepulcro, tomaba en sus manos el cáliz con la Hostia sobrepuesta y en-

tonaba el responso *Christus resurgens*. Al momento, cuatro sacerdotes, con nevados trajes, recibían el Sacramento debajo de palio que ellos mismos llevaban; los demás clérigos, con velas encendidas, se ponían en marcha; el pueblo se prostaba humildemente; las campanas repetían sus argentinos ecos, y con el entusiasta responso *Christus resurgens*, que el clero proseguía cantando, se llegaba al altar, donde el conductor de Jesucristo entonaba: *Surrexit Dominus vere*, con algunos otros versículos repetidos por los clérigos; se recitaba la oración *Presta quæsumus*, y el preste daba la bendición con el Sacramento; concluído lo cual, el clero regresaba al coro y daba principio á los maitines. Esto se observó hasta nuestros días en la catedral de Beauvais. En algunos otros lugares se practicaba y tiene aún lugar con más ó menos ceremonias, pero siempre con solemnidad grande; tal, como en la catedral de Soissons, en la colegial de S. Quintín de Veromandois, y en Bayeux en Normandía. Asimismo en Alemania, en España y en muchos otros puntos, porque de esta costumbre podemos decir que fué en la Edad Media poco menos que general, como lo es también en nuestros tiempos, según veremos al ocuparnos de la Edad Moderna.

547. Habiendo descripto las procesiones que antecedieron y acompañaron á la del Corpus, razón será que dediquemos un corto espacio de lugar para tratar como es debido esta última, por ser la más solemne que tiene la Iglesia.

548. Mas al querer investigar su verdadero origen tropezamos con la dificultad de tres opiniones. Una, que es seguida por eminentes varones (1), afirma que el origen de esta bella procesión se remonta al tiempo mismo de la institución de la fiesta. Las razones que aducen no son despreciables. Por el hecho de que Urbano IV, al cerciorarse del milagro ocurrido en Bolsena, ordenó que con solemne procesión fuesen trasladados los corporales á Orvieto, ciu-

(1) Panvinius, Guillelmus Lindanus, tom. 2 Apologet; Gretserus, trac. de Procession., cap. 19; Card. Lambertinius, De festis, cap. 14, § 10; Abio., Del porque de las ceremonias de la Iglesia, trat. 4, cap. 22.; Sancho, Cuestiones liturg., cap. 25.